

EL DESPACHO



Le llamo despacho porque tú dijiste que eso era un despacho; y aunque yo no tengo nada que despachar se quedó con ese nombre si bien, a decir verdad, se parece más a una leonera.

El sofá y el sillón de orejas en los que los gatos se afilan las uñas y tanto ellos como Sánchez se pasan las horas durmiendo la siesta está sucio y deshilachado. Y la librería, feísima, de escayola o pladur, que fue blanca pero ahora está grisácea ahí seguirá hasta el fin de mis días porque no tengo dinero ni ánimos para mandarla derribar y reemplazarla por otra de madera. Los cojines tirados por todas partes están deshilachados también; y trastos y cajas y libros que o ya he leído o nunca leo. Y la televisión grande, antigua, aunque en color, que dejó de funcionar hace años pero ahí sigue porque, me creo yo, que como ella es la que está conectada a la antena de la azotea, es necesaria para hacer como de trampolín para que la señal llegue a la otra, la pequeña, que no es una maravilla pero algo se ve y está en lo que yo llamo dormitorio de verano.

Está también la mesa escritorio que es, en realidad, la pieza que justifica que pueda llevar con un algo de dignidad el nombre de despacho lo que cuando yo era niña mi padre llamaba *la sala*.

En otras casas, de gente como nosotros, había un salón al que jamás se entraba más que cuando se recibían visitas de esas que no se reciben casi nunca; mi padre prefería llamarle *la sala* porque le parecía más elegante. Y sí se entraba, en primer lugar porque propiamente puerta no tenía, sino una embocadura cubierta, entonces, con unas cortinas que eran dos tapices iguales, de tonos ocres, representando dos rebaños idénticos con sus pastores respectivos y, en lugares segundo y tercero, porque estaba ahí la radio a la que un amigo de mis padres muy habilidoso había colocado un altavoz en el extremo de un cable para que se pudiera escuchar desde la cocina, mientras comíamos o cenábamos – a mi padre le gustaba oír *el parte*, pero sólo el parte y no el himno nacional que lo seguía, y yo tenía que correr, y entrar en la sala, y apagar la radio justo en el instante que mediaba entre la última palabra del locutor y la primera nota del himno -, y porque detrás de unas cortinas de cretona que partía la habitación en dos estaba

EL DESPACHO

la cama turca en la que yo dormía y donde, los domingos por la tarde, se reunían mis padres con otros matrimonios para celebrar [sesiones de espiritismo](#).

Y en la actualidad algunos otros cachivaches no menos incongruentes entre los que se cuentan el llamado baulito chino y una bandeja de las que tengo repartidas por la casa con arena para los gatos.